

La industria del libro y el paisaje editorial¹

Más allá de compartir la lengua y frases de buena crianza, como ocurrió en el reciente Congreso Internacional de la Lengua Española (Panamá 2013), la industria del libro es un negocio, y como todo negocio es competitivo y, cuando se da la ocasión, mercantilmente rapaz. La época de oro del libro en Chile fue entre 1935 y 1950, cuando España y Europa pasaban por grandes dificultades y Argentina y México no tenían todavía una política de protección al libro. Editoriales chilenas como Ercilla y Nascimento llegaron a tener sucursales en varios países de América Latina, tradujeron y editaron obras como *La montaña mágica* de Thomas Mann, y, gracias a la guerra, sin pagar derechos de autor.

El paisaje editorial actual es muy diferente: un mercado pequeño y algo deprimido en que la exportación de libros es casi nula, en que el mercado hispano parlante está copado por industrias que fueron oportunamente favorecidas por políticas públicas de fomento del libro, estoy pensando en España, Argentina, México, y, más recientemente, Colombia. Políticas que en nuestro país nunca hubo y que es probable que ya sea tarde, pues hoy el horno parece no estar para esos bollos, a juzgar por lo que ha ocurrido con la Política Nacional del Libro y la Lectura (aprobada por el Consejo de Cultura hace varios años), pero hasta ahora no implementada. Como todas las industrias culturales la del libro se encuentra en la encrucijada de la difícil y compleja relación entre el mercado y la cultura, en tiempos en que el mercado y las gerencias comerciales no le dan gran importancia a la función cultural y social que la industria implica.

En el mercado del libro chileno, con un promedio de aproximadamente 3500 títulos anuales reales², de los cuales entre 12 y 14 % son autoediciones (la mayoría de poesía), ocupan un lugar preponderante en la producción e importación cinco o seis filiales de grandes conglomerados transnacionales, de holdings que son producto de compras y fusiones realizadas en las últimas décadas, nos referimos al grupo alemán Bertelsman que adquirió la propiedad de varias editoriales españolas, europeas y argentinas, y está presente en Chile a través de Random House Mondadori; al grupo Hachette Livre de Francia (que participa en la propiedad de Salvat), al grupo Océano que trae a Salamandra y a Gedisa; el Grupo Planeta a través de Planeta Chile y en el campo educativo el grupo Prisa a través de Santillana. En general son filiales que operan con autonomía local pero con un férreo control financiero por parte de la casa matriz, lo que se traduce en altas exigencias de rentabilidad anual. Una de las consecuencias de este modelo es que las filiales están por lo general restringidas al ámbito nacional, obligadas a privilegiar textos que sean “sandías caladas”, también a tener una fuerte presencia en otras instancias de la cadena del libro, como la distribución, las ferias y el mercadeo. Uno de los resultados de este modelo es la balcanización que se observa en la industria y consumo de libros en América Latina, en

¹ Aclaro que mi visión es solo la de quién observa y estudia el panorama del libro en Chile, no pretendo por lo tanto arrogarme la representación del país.

² Descontando de los datos anuales del ISBN los libros que no son libros y aquellos que se inscriben pero no llegan a materializarse.

circunstancias de que las nuevas tecnologías permitirían como nunca antes un mercado latinoamericano transfronterizo y común, que tuviese como destinatario al público lector hispanohablante de todo el continente. Esta balcanización contrasta con la creciente globalización de los autores más significativos de la literatura latinoamericana contemporánea, como es el caso de Roberto Bolaño, que nace en Chile, se forja en México y triunfa desde España. También del peruano Santiago Roncagliolo. Incluso algunos autores caribeños biculturales como el dominicano Junot Díaz y el cubano Oscar Hijuelos escriben en inglés, la *lingua franca* de la globalización.

Forman también parte del paisaje editorial 45 editoriales independientes asociadas en una agrupación con el mismo nombre, editoriales que publican entre 20 y 90 títulos anuales, se trata, entre otras, de las editoriales LOM, Cuarto Propio, RIL, Pehuén, Uqbar, Ceibo y Tajamar, son editoriales que se arriesgan publicando géneros y temas que no abordan las editoriales transnacionales como la poesía, el ensayo, las etnias, la ficción de autores desconocidos, derechos humanos y propuestas feministas. Editoriales de poca capacidad económica, que a menudo deben entrar en coediciones o recibir algún aporte, empresas que tienen grandes dificultades para cancelar los derechos de autor, pero que sin embargo juegan un rol importante en la difusión de la creatividad y del pensamiento que se produce en el país, contribuyendo así a la bibliodiversidad. Hay también unas pocas editoriales nacionales de mayor trayectoria en el tiempo (estamos pensando en Zig-zag y Catalonia) o subvencionadas por Universidades (Editorial UDP), editoriales que aunque no forman parte de la agrupación de Editores Independientes, también contribuyen a la bibliodiversidad.

Completan el paisaje editorial unas 40 microeditoriales instaladas en los últimos años, lo que es a mi juicio un signo auspicioso. Son microeditoriales porque publican entre 1 y 15 títulos anuales, y en ocasiones ninguno. Son autogestionadas por colectivos de jóvenes que no sobrepasan los 32 años, jóvenes tanto de Santiago como de provincias (difieren en ello del resto de las editoriales que funcionan solo desde la capital). Varias de estas microeditoriales son posibles gracias a una paradójica combinación entre manualidad artesanal y nuevas tecnologías. Apuestan a que el día de mañana una imprenta laser será una máquina autosuficiente, de uso personal, con costura de pliegos incluida. Son microeditoriales que alimentan su “alternativismo” privilegiando la expresividad estética y social, situándose en las antípodas de la concepción comercial del libro, así lo indican algunos de sus nombres legales: Nutrición para el alma; Simplemente Editores; La polla literaria; Rabiosamente Independientes; Chancacazo y Pantalón Corto.

Producto de las nuevas tecnologías y de las redes sociales estos jóvenes paradójicamente se inclinan por el libro en soporte papel, incluso por el libro objeto (Editorial Quilombo), de hecho casi todas ellas se han unido en una agrupación que se llama la Furia del Libro. Respecto a los criterios editoriales uno de ellos dice “a diferencia de otras editoriales publicamos solo obras que nos apasiona leer”; “nos moviliza la ética del hazlo tu mismo”, y no tener que pasar por “la imprenta y por un

viejo con los dedos cortados”³. Las microeditoriales se abren a la diversidad creativa y algunas de sus publicaciones se han alzado con los premios más importantes del país. Un fenómeno similar al de las microeditoriales chilenas se está dando, entiendo, en países como Argentina, Colombia y Perú. ¿Serán estas editoriales viables comercialmente en el futuro? ¿Crecerán y dejarán acaso de ser lo que son? ¿O desaparecerán quedando solo como un recuerdo de juventud? ¿Conformarán tal vez una red latinoamericana de microeditoriales? Difícil saberlo, solo el tiempo lo dirá, en todo caso se trata de un fenómeno auspicioso y esperanzador en un mercado pequeño y algo deprimido, dominado por las transnacionales, y por una concepción predominantemente mercantil del libro (cabe señalar, empero, que las grandes editoriales también publican libros culturalmente valiosos y las microeditoriales algunos que pueden no serlo. Vale la pena recordar, en este sentido, lo que llevo a cabo el Grupo Planeta con la llamada *nueva narrativa chilena*, siendo editor Ricardo Sabanes)

Un tema que se discute es el alto precio del libro tanto nacional como importado, se argumenta que Chile es uno de los pocos países en que el libro paga un IVA de 19 %, uno de los más altos del mundo. Se vincula también al alto precio de los libros el crecimiento de la industria de la fotocopia, sobre todo en las universidades, además al desequilibrio en el comercio internacional particularmente entre España y Latinoamérica. En el año 2004, por ejemplo, según datos del CERALAL España exporto a América Latina 236 millones de dólares en libros mientras que solo importó de la región 7,5 millones de dólares⁴. Ello se traduce en que nos encontramos con obras como 2666 de Roberto Bolaño que cuesta en Argentina, donde se la edita con derechos sólo para ese país, 23 dólares, mientras en Madrid cuesta 44 dólares y en Santiago 50, la explicación es que a Chile se la trae desde España⁵. Más que de contenidos exitosos el negocio de los grandes grupos es cada vez más de orden logístico, de saber cómo y cuándo colocar las fichas en los diferentes países de América Latina.

En la industria del libro sin embargo no hay unanimidad sobre el tema del precio, hay sectores que argumentan que se trata solo de un problema de prioridades, pues en conciertos de Marc Anthony, de Madonna y de Shakira o en partidos internacionales de futbol se ven largas colas con jóvenes y adultos de todos los sectores sociales pagando por una entrada un valor bastante más alto que el costo promedio de un libro. La mayoría coincide empero en señalar que la rebaja del IVA sería una medida de importancia en la valoración social del libro.

El mundo del libro como ha señalado Roger Chartier no es endogámico y está estrechamente vinculado a otros dos mundos: al mundo del texto y al mundo de la lectura. La industria del calzado tendrá siempre una demanda asegurada puesto que no se puede andar por la vida a *pata pelada*, pero si se puede, al parecer, andar por la vida

³ *Encuentro Chileno de Editoriales Independientes. Propósitos y experiencias*, Consejo Nacional de la Cultura, Santiago, 2012.

⁴ *Panorama de la edición en Ibero América*, CERALAL, publicado en Biblioteca Digital, Bogotá, 2007.

⁵ Pablo Slachevsky “Diversidad y alteridad. El desafío de las industrias culturales en América Latina”, intervención en encuentro convocado por Convenio Andrés Bello “Diversos y Alternos”.

sin leer o casi sin leer libros. En todos los estudios o encuestas de la última década los indicadores muestran una sociedad chilena predominante no lectora (de libros) y desmotivada por esta práctica. Las razones por las cuales no se lee son, según estas encuestas, falta de tiempo y desinterés. Revelan también una muy baja valoración social del libro. Resulta curioso que una encuesta realizada por el Observatorio del Libro en la FILSA 2012 arrojó que el lugar en que los hombres de preferencia leen es en el baño⁶ (dato que es de alguna manera revelador acerca del sitio que se otorga a la lectura) mientras las mujeres lo hacen en el campo y en la playa durante las vacaciones. Las encuestas revelan también un aumento permanente en el uso de Internet y sobre todo del chateo *bacan*⁷. La raíz de todos estos males termina siendo siempre y con razón, las insuficiencias de la educación. Desde esa constatación se apunta entonces con el dedo al Estado y a la mala formación de profesores.

El Estado chileno, en los últimos 40 años ha sido en los hechos un agente que por acción u omisión, o a través de una regulación permisiva y blanda, ha favorecido la privatización y mercantilización de la educación en todos sus niveles, jibarizando la educación pública, entregando su administración a municipios de recursos muy dispares, lo que explica las movilizaciones estudiantiles de los últimos años. Pero con respecto al libro no solo eso: su accionar ha sido punitivo, en el período 1973 a 1983 implemento un régimen de censura previa de hecho y de derecho, incluso en 1984, cuando se levanto la censura, un diario de gobierno al aproximarse la navidad publicó una pieza editorial que quisiéramos compartir:

“El acto de regalar un libro –decía el editorialista- tan simple en apariencia, tan inofensivo, envuelve riesgos que no se pueden pasar por alto. No siempre un libro, por el solo hecho de serlo, satisface el propósito ideal que generalmente le suponemos. Porque no siempre resulta un agente confiable de cultura o un recurso no contaminado de salud mental. A veces, más a menudo de lo que quisiéramos, encontramos libros que so pretexto de divulgar situaciones o teorías novedosas desvirtúan el recto juicio de las cosas o ensucian el cauce limpio y natural de la verdad”.

Por cierto hoy en día con las redes sociales y los libros electrónicos esa perla no tendría sentido. Si bien se piensa que los libros en soporte papel viven hoy una situación de crisis (editores y escritores han sido desde siempre los mejores clientes del muro de los lamentos), vivimos, decíamos, una situación de crisis del libro tradicional, un cambio epocal en que los textos virtuales y el soporte electrónico de libros ha aumentado exponencialmente. Hay quienes apuestan todas sus fichas -como se hizo patente en el VI Congreso de la Lengua Española- a esta transformación. De hecho con los *e-books* el tema del precio deja de ser un problema, cualquiera que tenga un IPAD o un computador puede leer cientos o miles de libros gratis o adquirirlos por poco más de un dólar. Algunas editoriales chilenas están ya armando catálogos paralelos uno de

⁶ “¿Dónde lees tú? Informe Encuesta Feria del Libro 2012” *Observatorio del Libro y la Lectura*, Santiago, 2013.

⁷ *Índice de Lectura*, Fundación La Fuente, Adimark GFK, Santiago, Septiembre, 2006. *Resultados hábitos de Lectura, tenencia y compra de libros*. Fundación La Fuente, Adimark, GFK, Santiago, junio, 2008.

libros virtuales y otro de libros impresos. En una visita reciente a Chile Robert Darton, estudioso del libro y Director de la Biblioteca de Harvard, señaló las ventajas que implican las grandes bibliotecas digitalizadas para los estudiantes “los libros digitales permiten –dijo- hacer búsquedas por palabra y así se pueden revisar cientos de libros al mismo tiempo, algo que es imposible con los ejemplares impresos”⁸. Sin duda que estos cambios son beneficiosos para el público lector y para los estudiantes. En la medida que aumenten los nativos y los inmigrantes digitales, y se avance en el acceso a las nuevas tecnologías, estos cambios favorecerán la circulación y el acceso al libro, democratizando la lectura.

Junto con alegrarse por estas transformaciones y las oportunidades que abren, cabe sin embargo también ser cautos. Si bien en algunos países como Estados Unidos la venta de *e-books* viene creciendo exponencialmente (llegando a un 30 % de las ventas), en nuestra realidad eso todavía no ocurre, y hay quienes argumentan que la lectura en formato virtual sigue siendo entre nosotros un vitrineo de contenidos desechables, una lectura de escaso aporte cultural.⁹ Internet, se dice, encarna la democracia cósmica, sin embargo el dominio de Google y Amazon en el ecosistema digital es tan poderoso que por sí solos pueden entrar a dominar el campo del libro y de los nuevos soportes de lectura, forzando un cierto modelo de negocios. Con respecto a las palabras de Darton cabe distinguir entre *información* y *conocimiento*, que son conceptos que implican prácticas lectoras diferentes. Manejando cien libros de modo casi simultáneo se puede obtener *información* pero no *conocimiento*, práctica esta última que requiere tiempo y procesamiento. Con respecto al modelo de negocios y a los derechos de autor de los *e-books* hay todavía mucho que aclarar, es posible que el día de mañana, como ya ocurre con ciertos productos virtuales, los *e-books* sean utilizados como vitrinas de publicidad. Después de las recientes revelaciones de espionaje vía las nuevas tecnologías, tampoco podemos ser ingenuos hacia un posible mal uso de las mismas, considerando incluso la posibilidad de que se rastreen los datos de lectura de un determinado ciudadano chileno de apellido palestino.

En fin, los que perdimos la virginidad intelectual y estética con los libros de papel, tenemos todo el derecho a seguir siendo leales a nuestro primer entusiasmo, que en mi caso ocurrió con una obra en papel envejecido y amarillento de Pio Baroja.

⁸ “Las bibliotecas se ajustan a las nuevas formas de estudiar de los alumnos” *El Mercurio*, Santiago, 13 septiembre 2013.

⁹ Sonia Montecinos Premio Nacional de Humanidades (entrevista), *El Mostrador*, 26 octubre, 2013.